

P. Predicador Fr. Pedro Oseguera, residente en San Luis Potosí.
 R. P. Guardián Fr. José María Núñez Cuevas, residente en Zacatecas.
 R. P. Guardián Fr. José Ramírez, residente en Durango.
 R. P. Guardián Fr. Jesús Arredondo, cura del Mezquital.
 R. P. Guardián Fr. Francisco Mancera, residente en Sombrerete.
 R. P. Definidor Fr. Mariano Marmolejo, prestado en Huejotzingo.
 R. P. Definidor Fr. Angel Silva.
 R. P. Definidor Fr. José Jacinto Silva.
 P. Predicador Fr. Daniel Franco, enfermo en México.
 Hermano Diácono Fr. Francisco Silva.

A más de los precedentes hay otros cuatro hermanos profesos, de saber; un diácono, dos coristas y un laico cuyos nombres ignoramos, siendo por todos diez y ocho los actuales pobladores de la provincia.

La antigua Iglesia de la Compañía

HOY

Parroquia de "El Sagrario."

Vamos á hablar ahora del establecimiento de los PP. de la Compañía de Jesús en Zacatecas, sirviéndonos de guía en nuestra narración los datos suministrados por autores, protestantes en verdad, pero de honradez notoria y cuya autoridad forzosamente tiene que ser de grande peso en asunto tan debatido por las opiniones divergentes que han preocupado al mundo de las inteligencias durante siglos.

Don Elías Amador, en su Bosquejo histórico de Zacatecas, página 246, dice así: "El Virrey de México había comunicado al monarca de España la necesidad de poner ministro de justicia en Zacatecas, con el fin de aprovechar los productos pertenecientes á la Real Hacienda. . . . El Rey de conformidad en Cédula de 26 de Mayo de 1573.

"Poco antes de de esa fecha se había establecido en México el primer colegio de la Compañía de Jesús, de donde á instancias del Ilmo. Señor Don Francisco de Mendiola, Obispo de Guadalajara, pasaron también á establecerse en esta ciudad.

"El P. Hernando Suárez de la Concha que había ido á Guadalajara á echar los cimientos del Instituto de San Ignacio de Loyola, quizó aprovechar la favorable circunstancia de que en esos dias (1574) salía para esta ciudad el Capitán Don Vicente de Zaldivar con una compañía de soldados; así es que acompañándose de dicho Capitán llegó el Jesuita P. Concha á Zacatecas á tiempo en que el movimiento ó tráfico de la población crecía rápidamente, y por lo mismo, comenzaban los usureros á sus ilícitas especulaciones, la gente sin fortuna y sin educación se ocupaba en frecuentar el juego; las costumbres del pueblo comenzaban á relajarse entre el ocio, la embriaguez y la disolución.

"Entonces el P. Concha y los que lo acompañaban, (?) comenzaron á predicar contra los escándalos y abusos que aquí se cometían, logrando, dice el P. Javier Alegre, reprimir mucho el juego; que se hicieran algunas restituciones; que casaran los contratos inicuos y que se morigeraran las costumbres en el vecindario, el cual ofreció al P. Concha recursos y casa para que los PP. Jesuitas se establecieran desde entonces en Zacatecas. Sin embargo, el P. Concha receloso de que en esa vez no tuviera buen éxito la fundación de un establecimiento de la Compañía, se excusó poniendo por pretexto la escasez de colaboradores, ofreciendo empero al referido vecindario enviar en la Cuaresma siguiente algunos misioneros.

Regresó á México el P. Concha, dejando en Zacatecas la reputación de sabio, activo, enérgico y santo.

En efecto, volvió el citado Padre á Zacatecas al año siguiente con el objeto de predicar durante la Cuaresma.

Había venido en esos dias Don Gerónimo de Orozco, Oidor de la Real Audiencia de Guadalajara, comisionado por ésta para hacer averiguaciones acerca de las diferencias que existían entre dos de los más ricos y prominentes vecinos, diferencias que envolvían en funestas divisiones y rivalidades á los parientes y parciales de ambos personajes y aún á todo el vecindario, el cual estaba dividido en dos bandos, que, hostilizándose mutuamente, turbaban la paz pública.

De suponer es que los rivales en cuestión serían Baltazar Femiño de Bañuelos y alguno de los Oñate ó de los Ibarra, quienes, como es sabido, eran los fundadores y principales vecinos de Zacatecas.

Don Gerónimo de Orozco procuró llenar lo mejor que pudo su cometido, pero como estaban sus ánimos tan exaltados entre dichos rivales, no se había logrado ningún satisfactorio movimiento hasta que el P. Concha, aprovechando la oportunidad que se le presentaba al predicar un sermón el Viernes Santo, hizolo con tal elocuencia y tino que su palabra penetró en hasta el corazón de uno de los rebeldes contendientes que le escuchaba; y siendo éste nada menos que la persona ofendida, se levantó del asiento que ocupaba y en alta voz y en pleno auditorio, derramando lágrimas de verdadero arrepentimiento, perdonó allí mismo al pie de la Sagrada Cátedra, al que en público le había inferido injusta y vergonzosa ofensa.

De esta manera y con tan bello ejemplo la tranquilidad y la paz volvieron á los turbados hogares, y el P. Concha y el Oidor Orozco tuvieron la satisfacción de retirarse de Zacatecas, dejando quieto y reconciliado á su vecindario.

"El año 1590. . . . se recibió en Zacatecas Real mandato para que cesara el tráfico ó la venta de esclavos indios. . . . Era entonces Obispo de Guadalajara el Ilmo. D. Fr. Domingo de Arzola, quien sabiendo los buenos resultados que habían obtenido en Zacatecas las predicaciones de los PP. Jesuitas y el efecto que á ellos habían manifestado los vecinos; pidió al Rector de la Compañía en Guadalajara enviase misioneros á Zacatecas. Accedió el Rector á esta solicitud y envió á los PP. Pedro Mercado y Martín de Salamanca. Desde entonces se les proporcionó una casa contigua á la Ermita de San Sebastián, con el objeto de que al mismo tiempo les sirviera

de alojamiento y casa de ejercicios; y el año 1590 el P. Juan Sánchez, Provincial de la Compañía de Jesús, resolvió hacer venir á los PP. Agustín Cano y Juan de la Cajina á establecerse definitivamente en Zacatecas, aunque no fué todavía entonces cuando se fundó el Colegio de los jesuitas, pero esto aconteció después.

Los PP. Cano y Cajina comenzaron desde luego á dar misiones en Pánuco, Fresnillo y Sombrete, San Martín, Nombre de Dios, Durango (Guadiana) Ramos, San Luis Potosí y otros lugares.

“... (1614) se pidieron nuevas limosnas para la obra de la parroquia, por no haber sido suficiente las que hasta entonces se habían colectado, y se declaró con grande solemnidad Patrono de la ciudad á San Nicolás Tolentino, en gratitud de los beneficios que de dicho Santo había recibido en algunas calamidades públicas.

“Por último, parece que en ese mismo tiempo ocurrió la formal fundación del Colegio de la Compañía de Jesús en esta Ciudad, aunque los cronistas no están conformes acerca del año en que realmente tuvo lugar ese acontecimiento.

“El P. Bezanilla dice, en su Muralla Zacatecana, que el año 1616 fué cuando se fundó dicho Colegio y que la nueva iglesia del mismo se dedicó á 24 de Mayo de 1750. (*)

“Don José de Rivera Bernardes, Conde de Santiago de la Laguna, en su *Descripción Breve*, también asienta que esa fundación ocurrió el año de 1616.

“En el *Diccionario de Historia y Geografía* de Orozco y Berra se refiere el hecho mencionado á 1617, y algún otro autor coloca el mismo hecho en 1623, aludiendo sin duda á la escritura de la fundación en disputa, la cual, según el P. Francisco Javier Alegre, cronista de la misma Compañía, tuvo lugar en el año de 1616, aunque como se ha dicho, ya desde el año 1574 habían comenzado sus misiones por estos rumbos los PP. jesuitas Concha y Sánchez, logrando después de ese año establecer aquí una pequeña casa ó residencia (1590).

El Maestro de Campo, Don Vicente de Zaldívar y su esposa Doña Ana de Viñuelos, decididos de protectores de los PP. jesuitas, proporcionaron la suma de cien mil pesos para la fundación del Colegio de Zacatecas, de cuya suma se aplicaron veintisiete mil cuatrocientos un pesos á la fábrica de la misma casa, ocho mil pesos á la de la iglesia y el resto al sostenimiento de la comunidad, quedando fundado este resto en la de Cienuguilla, inmediata á esta ciudad.

A más de tan importante donativo, los protectores mencionados dieron una suma regular para ornamentos, retablos, servicios de altar y otros objetos pertenecientes al culto.

La llamada Ermita de San Sebastián, cerca de la Veracruz, fué el primer local que ocuparon los jesuitas, trasladándose después al nuevo edificio.

(*) Conforme á un documento, que citaremos después, relativo á una estatua de oro de la Sma. Virgen, la función de la primera Residencia de los P. P. Jesuitas tuvo lugar en el año de 1608.

Establecidos los jesuitas en su nueva casa, se ocuparon desde luego en organizar misiones á varios puntos y en establecer estudios ó cátedras en su colegio, pues como se verá después, á dichos PP. se confió la dirección del que se llamó Colegio de San Luis Gonzaga, único plantel de instrucción secundaria que tuvo Zacatecas en el siglo antepasado.

Pero antes de hacer otras referencias acerca de los jesuitas de Zacatecas, de razón es decir algo tanto á Don Vicente de Zaldívar, insigne protector de ellos.

En la *Descripción Breve* de Bernarde se lee lo siguiente: «Fundó, edificó y dotó Vicente de Zaldívar el Colegio de la Compañía de Jesús en Zacatecas para descanso perpetuo de sus cenizas y bien universal de los indios de aquellos pueblos cercanos. De los hechos de estos caballeros escribió é imprimió en verso heroico el ilustre caballero Gaspar de Villagra, Capitán en esta conquista, descendiente de la ilustre casa de los Pérez de Villagra, pueblo situado en España en la Provincia de Campos de su propio apellido, de donde entre otros valerosos capitanes fué aquel invicto, y valeroso caballero Francisco de Villagra, terror y espanto de la indómita y belicosa nación Araucana. Participó el Capitán Gaspar de Villagra de esta gloria en estos trabajos, y conquistar de Nuevo México, entrando en ellas con una compañía toda de capitanes, dignas de reputación de salvador, y personas, correspondiendo el suceso con la grandeza de gente experimentada en los casos de la guerra, levantando con heroico estilo [é imitando aquella pluma del inclito caballero Don Alonso de Ercilla en su Historia, los hechos de Don Juan de Oñate, y de los que le siguieron, venciendo dificultades sin número, hambres, cansancios, trabajos no sabidos, en tierras no conocidas y barbaras, estableciendo la memoria de sus nombres á costa de su sangre, comprando de esta manera la honra, que las historias y reyes dan á los que bien le sirven.»

Fué también Don Vicente de Zaldívar hombre rico, generoso y pródigo. Tuvo minas y haciendas de beneficio en esta ciudad y dió de quintos á la Corona de España por más de noventa mil pesos, adquiriendo para sí una fortuna de más de tres millones, aunque, como dice Bernardez vivieron después sus deudos en una deplorable miseria.

Era hijo de Don Vicente Zaldívar, Capitán General que fué del Reino de Nueva Galicia y quien casó con Doña María de Oñate, hija de Don Juan de Oñate, descendiente de Don Cristóbal, uno de los conquistadores de Zacatecas.

Murió Don Vicente Zaldívar á principios del Siglo XVII y su cadáver fué sepultado en la misma iglesia de los P. P. jesuitas de esta ciudad, en la cual muy pronto lograron establecer sólidamente su instituto, pues á poco tiempo de radicados en ella tenían ya grande ascendiente entre los principales y más acaudalados vecinos.

Con frecuencia ocupaban el púlpito para predicar contra los desórdenes que ocurrían en una población minera que, como la de Zacatecas, ofrecía ancho campo á la relajación de las costumbres, á las riñas, al robo, á las pendencias y envidias entre muchos de sus vecinos, quienes ocurrían con frecuencia al consejo de los citados, Padres para dirimir disputas y con-

tiendas que en otro terreno no habrían podido arreglarse, pues se refiere que debido á sus elocuentes predicaciones y á sus sabios consejos se consiguió que más de una vez terminaran pacífica y felizmente disturbios que de otro modo pudieran acabar de una manera sangrienta y desastrosa.

Ocupaba en cierta ocasion la Sagrada Cátedra un jesuita Zacatecano en la misma ciudad de su nacimiento, y un personaje de elevada alcurnia que había escuchado al Predicador sintióse tan arrepentido de sus culpas, que, al terminar el sermón, salió de la Iglesia enteramente resuelto á dejar las vanidades del mundo para consagrarse del todo al servicio de Dios, tomando el hábito en uno de los conventos, de la ciudad y observando durante su vida una conducta verdaderamente ejemplar. Refiere este caso el P. Alegre, pero no dice quién fué ese personaje.

Algún tiempo después de establecido el colegio de Zacatecas, se consagraron algunas misiones á los PP. jesuitas.

Entre los individuos que el colegio de esta ciudad cuenta como más notable, figuran algunos que en verdad merecen una mención especial.

El Padre Juan Agustín, originario de Zacatecas, hombre instruido, infatigable y abnegado fué á misionar entre los indios *Zacatecos* del Parral y cerro gordo y entre los terribles salvajes de Chihuahua y de Nuevo México. Murió en aquellas apartadas y peligrosas comarcas entregado al ejercicio de su ministerio y cuando solo contaba unos 30 años de edad.

El Padre Simón Tostado también Zacatecano, entró muy joven al Colegio de los jesuitas, fué siempre muy devoto y observante de los Estatutos de la Compañía, y se granjeó el aprecio de muchas personas por su arreglada conducta y cristianas virtudes. Pasó á México y allá murió, de edad muy avanzada, el día 19 de Noviembre de 1648 y su cuerpo fué sepultado en el Colegio Máximo de San Gregorio.

El Padre Juan de Montemayor también dejó gratos recuerdos en esta ciudad por su conducta piadosa y arreglada. Falleció dicho Padre en esta misma ciudad el día 25 de Marzo de 1685.

Pero los jesuitas que más se han distinguido ó que han dejado una memoria más brillante é imperecedera en los anales Zacatecanos, son los PP. Francisco Ramírez y Antonio Núñez de Miranda.

Habían transcurrido apenas unos nueve ó diez años después de la conquista de nuestro Estado por los españoles, cuando del seno de la familia de uno de los primeros pobladores de esta ciudad salió un vástago llamado á figurar en distinguida escala entre los hijos de Zacatecas.

Ignoro quienes fueron sus padres, pero si he podido averiguar que se llamó Francisco Ramírez y que nació en esta ciudad en 1557 ó 1558.

Desde muy joven se manifestó afecto al estudio de las letras, inclinación bien rara en aquellos tiempos en los cuales la ambición febril de las riquezas y el deseo de adquirir renombre por el lado de las conquistas eran los únicos móviles que empujaban á los primeros europeos y á los hombres más distinguidos de esta ciudad y que les mantenían en constante agitación, ya desentrañando los ricos tesoros que encerraban nuestras vírgenes montañas, ó ya recorriendo lejanas y peligrosas comarcas en busca de ma-

yores riquezas, de más extensas propiedades ó de glorias y títulos debidos á sus hechos de armas.

En suma, mientras los españoles procuraban enriquecerse y subyugar á los indigenas que habían sobrevivido á la terrible catástrofe de la conquista, el joven Ramírez dedicaba sus desvelos y aspiraciones á otra clase de trabajos que más tarde le valieron señalados triunfos en el ejercicio sacerdotal y en el campo de la literatura.

Ignoro asimismo en que fecha llegaría el citado Ramírez á iniciarse ó á inscribirse en el número de los miembros de la Compañía, á la cual perteneció la mayor parte de su vida.

Los primeros enviados de ese instituto que llegaron á Zacatecas en 1574, fueron los PP. Conchá y Juan Sánchez, pero como entonces permanecieron por pocos días en la ciudad, sin establecerse definitivamente en ella, no es de creer que en ese tiempo se hubiera ordenado el P. Francisco Ramírez, pues que solo tendría entonces unos diez y seis ó diez y siete años. Por lo mismo, parece más probable que á fines del Siglo XVI fué cuando pudo haber ingresado á la Compañía, por que ya en el año de 1591 se encontraban en Zacatecas como fundadores de un colegio de la misma, según dijimos, los PP. Agustín Cano y Juan de la Cajina. Esto lo refiere el P. Alegre en su *Historia de la Compañía de Jesús*.

Sea de ello lo que fuere, el P. Ramírez cuya piedad, dedicación y talento le habían grangeado la honra y la distinción de verse alistado en la Milicia de San Ignacio de Loyola, pasó como cuarenta años leyendo gramática y consagrándose con empeñosa asiduidad á la enseñanza de la niñez, y en este noble ejercicio llegó á contar como discípulos suyos á muchos jóvenes que después figuraron por su ilustración en el clero secular y regular de este país.

La conducta siempre humilde y piadosa del P. Ramírez le valió la estimación y el respeto de todos sus discípulos y compañeros, quienes no sólo veían en él al hombre inteligente, filántropo y devoto, sino también al oráculo que les servía de consejero, como si sus palabras fueran inspiradas por el mismo Dios. (1)

Refiérese que además de las ordinarias ocupaciones de su ministerio, poseía muy apreciables aptitudes en diversas obras de manos, y á menudo se le veía tan contento y satisfecho entregándose á la oración y al estudio, como desempeñando trabajos corporales verdaderamente humildes y rudos.

Había llegado casi á conquistarse el concepto de santo, cuando le sorprendió la muerte en México el día 26 de Enero de 1630.

Pocos datos existen acerca de la biografía del P. Ramírez, quien supo honrar á su instituto y á su ciudad natal, no solo por la vida arreglada y ejemplar que observó, sino también adquiriendo justa celebridad en este país y en el extranjero, pues escribió una buena colección de *Epigramas y Poesías castellanas*, á las cuales se hace referencia en la *Biblioteca de la Compañía de Jesús*.

Ocupémonos ahora del P. Antonio Núñez de Miranda.

(1) Orozco y Berra, *Diccionario de Historia y Geografía*.

Entre los primeros españoles que fueron á poblar el mineral de Fresnillo por el año de 1568, se encontraba el Capitan Don Diego Nuñez de Miranda, casado con la señora Doña Gerónima de Valdecañas.

De ese matrimonio nació el día 4 de Noviembre de 1618, un hijo llamado Antonio quien habiendo adquirido en la edad madura la justa celebridad que acarrear el estudio, las virtudes y el talento, mereció que sus admiradores y condiscípulos le llamaran el «Gregorio López» de su tiempo y también «*Nelluo Librorum*» ó sea el *tragador de libros*.

Muy pocos años saboreó el jóven Nuñez de Miranda las dulzuras del hogar paterno, pues tan pronto como pasó el período de la infancia, enviáronle sus padres á estudiar á esta ciudad en la casa que tenían establecida los PP. de la Compañía de Jesús.

Algunos años más tarde y después de haber aprendido con facilidad lo que los mencionados Padres le enseñaron, pasó á completar sus conocimientos al colegio de San Ildefonso de México.

Entregado allí á una vida de continuas y duras tareas intelectuales, de asectismo y de edificantes virtudes, estudió filosofía con notable aprovechamiento y adquirió también algunos conocimientos en artes, graduándose de Bachiller y recibiendo las órdenes menores en el mismo instituto de San Ignacio, al cual perteneció desde entonces como miembro de la Compañía de Jesús (10 de Agosto de 1639.)

Muy pocos días después fué enviado a Valladolid (Morelia) á enseñar gramática, pero como no había completado sus estudios, le fué preciso abandonar aquella población para volver á México, en donde con notable asiduidad y dedicación logró presentar lucidísimos actos de teología y de ambos derechos.

Ordenado de sacerdote se le mandó á enseñar humanidades en Tepozotlán, donde los PP. jesuitas tenían establecido un colegio. Allí, como en los lugares en donde antes había estado, mostró el mismo empeño, la misma dedicación y el vasto talento que le distinguía.

En ese tiempo falleció en México el profesor y catedrático de filosofía del Colegio de San Pedro y San Pablo, y como entonces, según refiere uno de sus biógrafos, (1) las tareas del profesor eran bien difíciles y pesadas, puesto que los catedráticos tenían que componer y dictar ellos mismos las lecciones á sus discípulos, se juzgó que el profesor más á propósito para cubrir debidamente la citada clase de filosofía, sería el P. Nuñez de Miranda, y por lo mismo se llamó de Tepozotlán, de donde fué á ocupar el nuevo y honroso puesto con que le favoreció su ya elevada y bien adquirida reputación como hombre instruido y maestro competente.

Quiénes tan acertada elección hicieron, no vivían engañados respecto á las aptitudes del P. Miranda, pues algún tiempo después varios nombres de personas distinguidas por su saber y educadas por el referido Padre, dieron una prueba evidente del talento que como Profesor distinguía al ilustre fremitense. Entre aquellas personas figuran dos preladados, el Señor Cariñana y Cuenca, Obispo de Oaxaca, y el Doctor Don Afonso Alberto

(1) Orozco y Berra, *Diccionario de Historia y Geografía* pág. 57

de Velasco, Arzobispo de Manila, así como los maestros Fr. Agustín Dorantes, de la Orden de Santo Domingo y Fr. Pascual Treto, de la de la Merced.

Refiérese que el Padre Nuñez de Miranda gozaba el privilegio de una asombrosa memoria, circunstancia que le permitía recitar con notable desembarazo cuanto había leído. Este dón extraordinario, unido á los vastos estudios que hizo en diferentes materias le valió innumerables distinciones y brillantes triunfos, pues además de las cátedras que se confiaron y de los delicados empleos eclesiásticos que desempeñó, se le consultaba como á un oráculo, no solo por parte de sus discípulos y compañeros, sino hasta por hombres prominente, corporaciones respetables y aun por los mismos virreyes de su tiempo, habiendo merecido la alta honra de ser llamado por el Duque de Baños y por el Marqués de Mancera, para servirles de confesor.

Fué también director espiritual de la célebre poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, cuyo carácter y cuya inclinación á las letras supo guiar por senda casi desconocida á las monjas ó religiosas de aquel tiempo, pues el P. Miranda, sin olvidarse de robustecer en Sor Juana Inés las dotes piadosas que la distinguían, supo sin violencia y sin peligro conducirla al templo donde la esperaban las frescas guiraldas de la fama y la inmortalidad.

En resumen, el P. Nuñez de Miranda fué un verdadero modelo de caridad, de abnegación y de virtud, según aseguran sus biógrafos; y al lado de los recuerdos indelebles que dejó en el ejercicio de la beneficencia y de la caridad, resaltan sus triunfos y glorias en la obra intitulada *Biblioteca de los escritores de la Compañía de Jesús*, en la cual se tributan justos elogios á su talento y á sus virtudes.

La tumba recogió, al fin, los respetables despojos del sabio jesuita el día 17 de Febrero de 1695 en la ciudad de México, después de haber ejercido el sacerdocio por más de cincuenta años, la mayor parte de ese tiempo la pasó sirviendo de Prefecto de la Congregación de la Purísima en dicha ciudad.

En cuanto al P. José Nuñez de Miranda, hermano del V. P. Antonio, de quien acabamos de hablar, el Sr. Rivera Bernardez proporciona los apuntes siguientes:

«El V. sacerdote Lic. D. José Nuñez de Miranda, fué cura Rector de esta ciudad, Comisario del Santo Oficio de la Inquisición y de la Santa Cruzada, Vicario y Juez Eclesiástico. Murió el año de 1772 á los cincuenta y cinco de su edad, en opinión de gran virtud; rezaba de rodillas el Oficio divino, y celebraba con devoción todos los días. Enterróse en la Parroquia y trasladóse á la bóveda de la capilla de Nuestra Señora de los Zacatecas, y al estar su cuerpo en el féretro se vió volar una mariposa de los labios del cáliz á los de su boca. Fué padrino de la agua bautismal del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio María de Castorena Ursúa y Goyeneche, del Consejo de Su Majestad, Obispo de Yucatán, su pariente.» (*Descripción breve*, pág. 69.)

El nombre de otro jesuita notable debe perpetuarse en la memoria

de los zacatecanos. Tal es el P. Francisco Pérez de Aragón, originario de esta ciudad, en la cual vió la primera luz el día 25 de Junio de 1692.

Fué hijo de padres nobles y ricos, dice el Sr. Orozco y Berra, y por lo mismo procuraron dar al joven Francisco una educación propia de su elevado rango y justas aspiraciones.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad y pasó en seguida á México, en donde algunos años después, y cuando hubo de manifestarse aprovechado en los diversos conocimientos que como colegial se le transmitieron en el Real Colegio de San Ildefonso, obtuvo la burla de Doctor en leyes.

En seguida, como el Virrey de Nueva España pudo convencerse del sólido y bien cultivado talento del Doctor Aragón, le nombró Abogado de aquella Real Audiencia, y en este cargo mostró siempre las aptitudes que para la carrera del foro había dado á conocer en diversas ocasiones y en importantes y difíciles asuntos.

Algún tiempo después fué á Guadalajara, y en aquella Diócesis se le confirieron sucesivamente los curatos de Zacatecas y de Aguascalientes, los cuales desempeñó con el celo y buen gobierno que le caracterizaba en todos sus actos como hombre sabio, caritativo y prudente.

El talento nada común del P. Aragón y las simpatías y el respeto que se supo granjear en el ministerio eclesiástico, le habían creado, si vale la frase, algo como una constante *demanda* de sus valiosos servicios y conocimientos, pues se le ofrecían lucrativos empleos y brillantes honores á cada paso, no sólo en la Diócesis de la Nueva Galicia, sino también en otras, ya que el Obispo de Durango le nombró Canónigo Doctoral y Chantre de aquella Catedral, desempeñando también á su vez los empleos de Provisor y Vicario Capitular en la misma Diócesis.

Sin embargo, el P. Pérez de Aragón no era para ambicionar honores y dignidades, y por lo mismo, deseando prestar sus servicios á la Compañía de Jesús, ingresó en ella tomando la sotana el día treinta de Julio de 1745, y desempeñó en ella con marcado acierto el cargo de Decano de la facultad de leyes en la Universidad de México.

Pero el rasgo más prominente de la vida de nuestro compatriota el P. Pérez de Aragón, es el que sigue:

Residía en Zacatecas á fines del siglo XVII, un rico dendo del citado Aragón, D. Gaspar Benito de Larrañaga, de quien heredó una cuantiosa fortuna; pero como el ilustre jesuita había renunciado al esplendor y á los goces de los bienes temporales, y como siempre fué decidido protector de las letras y de todo lo que importaba un positivo bien [para la humanidad, supo desprenderse de los grandes recursos que poseía, para aplicarlos á objetos de pública beneficencia.

Así fué cómo pocos dias antes de tomar la sotana de jesuita, hizo donación al Colegio de la Compañía de Jesús en Zacatecas, de la suma de ochenta y cinco mil seiscientos setenta y seis pesos y una casa, así como de otros recursos para la fundación del Colegio de San Luis Gonzaga, acerca del cual hablaremos cuando llegue la oportunidad.

Ejemplar fué la vida del P. Francisco Pérez de Aragón, quien profe-

só tal afecto y adhesión á la Compañía de Jesús, que, cuando ésta fué suprimida por orden del Rey Carlos III y del Pontífice Clemente XIV, llamado *Ganganelli* (1773), y desterrados de México los miembros de la misma, el P. Aragón, fiel á sus votos y á la lealtad que abrigaba hacia sus hermanos, siguió á éstos con resignación y ánimo, á pesar del grande amor que tenía á su patria y á su tierra natal.

El insigne Beristáin, al hablar del célebre filósofo jesuita zacatecano, dice lo siguiente: «Sin embargo de la avanzada edad de 75 años, de sus enfermedades graves, y de habersele dispensado por el superior gobierno del Reino, de seguir á sus hermanos en su expatriación y destierro á Italia, no quiso quedarse en América y se embarcó para Europa. Pero en el Puerto de Santa María, después de una dolorosa enfermedad durante la cual sufrió con admirable paciencia las operaciones cruentas de la cirugía, murió en 1778. Está enterrado su cuerpo en la Iglesia de los PP. Agustinos de aquella ciudad.

Dejó varios escritos y una memoria eterna en el Seminario (?) de Zacatecas, que mandó fundar con doscientos treinta mil pesos que le dejó por herencia D. Benito Gaspar Larrañaga, su deudo. Su vida, escrita en latín por el Padre jesuita F. Maneiro, se publicó en Bolonia año 179.»

Es verdaderamente extraño que el P. Alegre, historiador de la Compañía, no haya hecho mérito alguno acerca del P. Aragón y de otros jesuitas zacatecanos, que no sólo se distinguieron en el colegio de esta ciudad, sino también en México y en algunas otras partes del Reino.

En cuanto á los apuntes que nos ha dejado el Sr. Beristáin, sólo hay que objetar que, según un documento auténtico que existe en el archivo general del Estado de Zacatecas, no fueron doscientos treinta mil pesos los que el P. Aragón cedió para el colegio ó Seminario de San Luis Gonzaga, sino ochenta y cinco mil seiscientos setenta y seis, á menos que el resto se considere comprendido en el valor de la casa que también donó para dicho objeto.

El P. Antonio Guillén de Castro honró también á la Compañía de Jesús. Nació el año de 1672 en Zacatecas, en donde estudió latinidad y retórica. En seguida fué á México y allí tuvo por maestro al famoso jesuita Alonso de Arrillaga, quien le comunicó vastos conocimientos en literatura, filosofía y teología.

Cuando pudo completar los estudios más precisos para la carrera eclesiástica, se ordenó sacerdote, consagrando su talento y bellas aptitudes oratorias al ejercicio de la predicación, obteniendo en ella señalados triunfos, pues saliéndose de la fastidiosa y hasta ridícula rutina de muchos de los oradores sagrados de su tiempo, fué uno de los primeros que basando sus pláticas y sermones en las Sagradas Escrituras, creó, por decirlo así, una escuela nueva y sólida, del todo opuesta al charlatanismo del púlpito, justamente fustigado por el P. Islas en su «Fray Gerundio de Campazas.»

Fué muy entendido en Teología, particularmente en la expositiva; y en cuanto á historia religiosa y profana, seguramente había muy pocos que le aventajaran.

Frecuentó las tareas del púlpito por más de diez años, habiendo es-

crito y predicado cerca de trescientas pláticas que formaban seis tomos.

Nombrósele Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri de México, empleo que no quiso aceptar.

Sabía el P. Guillén casi de memoria los Comentarios de Cornelio, á Lápide, á fuerza de tanto estudiarlos. Dicese que fué siempre un hombre humilde, obediente, cumplido, virtuoso y asiduo en sus trabajos y estudios, los cuales consagró de preferencia á la predicación en el Oratorio de San Felipe Neri, en donde pasó como dieciseis años. Pagó el último tributo á la Naturaleza el día 1 de Noviembre de 1716, en la Ciudad de México.

El P. Clemente Guillén de Castro, probablemente deudo del anterior, entró á formar parte de la Compañía de Jesús siendo todavía muy joven. Era originario de Zacatecas de donde pasó á México, desempeñando allí por algún tiempo una cátedra de Filosofía. Pasados algunos años le designaron los superiores para que fuera á misionar á California el año de 1714. Durante el viaje por mar naufragó y experimentó varios contratiempos.

En la misión de Lignig trabajó más de treinta años y en la de Dolores, en la Alta California, cerca de veinticinco; y cuando el superior de dichas misiones vió que la salud del P. Guillén se iba desmejorando notablemente por la edad y por las fatigas, envióle á descansar á Loreto, en donde murió á la edad de setenta años, el de 1748.

El P. Francisco Javier Alejo, quien escribió por el año de 1763 un volumen intitulado: «Solución del gran problema de la población de las Américas,» trató de probar en ella valiéndose del testimonio de las Sagradas Escrituras y de algunos autores antiguos, que después del diluvio el Continente Americano estaba unido al Asia por el estrecho de Aman, hoy Estrecho de Behring; que los primeros pobladores de América pasaron á pie por el que fué istmo y que descendían de las tribus dispersas cuando la destrucción de la torre de Babel.

En esa obra pretende también el P. Javier Alejo refutar las doctrinas de los *Preadomitas*. El estilo que emplea es claro y revela talento y erudición en el autor . . . y honra demasiado á su autor y al instituto á que éste pertenecía.

No he podido saber cuando nació el referido Padre ni el tiempo en que dejó de existir.

Otros Padres ocuparon también un lugar distinguido en el Colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad; pero en las obras que de ellos hablan no se determinan ni precisan los rasgos principales de sus vidas, razón por la cual no es posible hablar de ellos con detención y certeza.

Por último, los Padres jesuitas de Zacatecas, hábiles en el conocimiento de toda suerte de negocios y expertos funcionarios, como la mayor parte de los individuos de la misma orden, lograron adquirir en poco tiempo, no solamente respeto y nombradía por su talento y virtud, sino también importantes bienes temporales que supieron administrar con utilidad y con acierto, y en el territorio del Estado poseían algunas fincas de campo, de regular importancia, las que comunmente eran administradas por individuos pertenecientes á la misma Compañía . . . entre ellas pueden contarse la de Cieneguilla, actual propiedad de la familia Gordoia y la Ha-

cienda de Gruñidoras, que pertenece hoy á los Sres. Delgadillo, originarios de Villa de Cos.—Hasta aquí el Sr. Amador.

Tenemos á la vista un pequeño libro con forro de pergamino é impreso en México por la viuda de Don Joseph Bernardo de Hoyal, año de 1750, é intitulado: «Breve descripción de la Fábrica y adornos del templo de la Compañía de Jesús de Zacatecas; con una suscita relación de las fiestas con que se solemnizó su dedicación: sácanla á luz, y la consagran al Santísimo Patriarca Señor San Joseph los seis ilustres caballeros, patronos de la solemnidad, y lucimientos de la dedicación, D. Gregorio Zumalde, D. Joseph Beltrán y Barnuevo, D. Thomas de Aristorena y Lanz, D. Juan Viana Gutiérrez, D. Dionysio González Muñoz y D. Joseph Joaristi.»

En este precioso libro, aunque escrito en estilo un poco gongorino, achaque de la época en la cual vivió su autor, leemos una exacta y minuciosa descripción del edificio que fué en otro tiempo Colegio de la Compañía de Jesús, pero muy particularmente del templo, dándonos noticia pormenorizada hasta de los más pequeños accidentes de la magnífica ornamentación con que fué decorada desde su principio. Dicha descripción, casi literalmente, es como sigue:

FÁBRICA DEL TEMPLO

Siéntase todo el edificio sobre la falda de un monte, que derramándose en descenso hasta el centro de la ciudad, la deprime hasta dejar su mayor y más noble porción dominadas de la majestuosa planta de esta fábrica. Su oportunísima situación corre puesta la cabecera al Septentrion y ocupa en su longitud seiscientos cuarenta y ocho palmos geométricos, que componen cincuenta y cuatro varas castellanas que son las que se dilatan al Mediodía. A esta longitud corresponde, en rigorosa proporción dupla, una latitud de trescientos veinticuatro palmos, según dimensiones geométricas, (que excusaremos por mayor claridad) y componen veinte y siete varas. En este espacio se reparten con armoniosa proporción tres capaciosísimas naves.

La de enmedio, en todo superior á las otras, incluye nueve varas de hueco, y se levanta en dieciocho, en proporción así mismo dupla, la más favorecida de la elegancia del arte moderno. Las naves laterales tienen de longitud trece varas, que son las que tiene de fondo el Presbiterio, y suben á la misma elevación que las de enmedio, en las dos bóvedas contiguas al cimborrio que, con la del Presbiterio, forman un perfectísimo crucero. Continúan en doce y media varas de elevación, correspondiendo á las seis que tienen de latitud, sin incluir el claro que corresponde, debajo de los arcos, al ámbito que ocupan los pilares. El material empleado en éstos y en toda la fábrica, es la piedra llamada cantería, criada en este terreno singularmente hermosa y de un rojo apacible . . . el Coro sube en ocho y media varas, partiendo en dos mitades iguales la elevación de la nave de enmedio.

Descuella sobre ésta el cimborrio, con once varas de alto, á contar

desde el anillo de donde arranca en forma ochavada, hasta el cerramiento de su clave arreglado á un escrupuloso medio punto y coronado de una tan airosa linternilla, que desempeña bien el oficio de corona de tan majestuoso edificio. Abraza, en el hueco de su ochavo, diez varas en cuadro. El banco que le sirve de pedestal ó zócalo, está vaciado en ocho bien cerradas ventanas, orladas por la parte superior de una cornisa moldada, en cuyo centro volteá la periferia ó circunferencia á la cual se acompasa el medio punto, cuya espaciosa convexidad está hermosamente encontrada y guarnecida de finísimo azulejo, imitando la porcelana en el brillo de su tez y persistencia en sus colores, los cuales repartidos con variedad, forman curiosas labores dispuestas de modo que puedan percibirse sin que lo impida la elevación.

Los pilares que llaman *del aire* y en los cuales se reciben de cuatro en cuatro los arcos, aunque obligados unos á mayor peso que otros, por un primor del arte, guardan una misma cantidad en sus macizos y circunferencias. Tienen de macizo, sin el vuelo de las basas y los plintos, dos varas en cuadro y suben laboreados de grandes estrias su forma ochavada hasta el capitel, de donde nacen los arcos, cual las ramas del tronco, y siguiendo en ellos las mismas estrias que en los pilares, forman unos agraciados aunque no completos cilindros, que para creerse capaces del peso que cargan, es necesario ver que lo sostienen. Son los pilares por todos veinte y seis, incluyendo las medias muestras que se embuten en las paredes. Las bóvedas son diecinueve: unas son de aquellas que los artifices llaman de luneta, otras de arista; éstas cubren las naves laterales y el Presbiterio, aquellas las de enmedio con su crucero.

Los frentes de las naves laterales se hermosean con dos curiosísimas portadas, divididas en dos cuerpos, que suben hasta besar el bocellón, del cual están acordonadas las paredes al peso de los capiteles. Una de ellas, la del costado izquierdo, da entrada al relicario ó capilla de Nuestra Señora de Loreto, la cual entra con diez varas de fondo, seis y media de fachada y diez de altura, hasta tocar la clave de la bóveda: dimensiones que se observan igualmente en la antesacristía, de la cual forma el frente la otra puerta.

Sin éstas y otras menores que salen al Presbiterio, tiene este templo dos puertas principales: la lateral situada al Oriente, sale á un remanso en que terminan dos derrames de escalera corrigiendo el declive del monte en cuya falda se asienta el edificio: la puerta principal descuella en nueve gradadas sobre una dilatada lonja dominando la plazuela nuevamente fabricada, con una elevación correspondiente á siete gradadas; las cuales en trece varas de claro facilitan las subidas abiertas y desembarazadas á los concursos más crecidos. El hueco, que hasta terminar la portada corresponde al claro de la puerta; está airosamente remetido y sombreado por uno y otro lado, como de dos medios perfiles del resto de la portada. Sube ésta en veinte y cinco varas y se vuelve ensanchándose con trece. Su adorno estriba sobre basamentos corintios, que sustentan cuatro elegantes columnas estriadas, á las cuales se sobreponen arquitrabe, friso y cornisamento de Orden Jónico, terminando así el primer cuerpo. El segundo, sobre bases de

Orden compuesto, levanta cuatro bien talladas columnas corintias, coronadas asimismo de arquitrabe, friso y cornisa del mismo orden.

El tercer cuerpo, mucho menor en los tamaños, excede á los otros la galanura de sus romates. Arranca, formando en el centro un desahogado nicho, hasta fenecer en una tarja, en la cual está de relieve y en caracteres corpulentos cincelado un monograma del Santísimo nombre de Jesús, coronado de una pequeña concha y embrazado de dos alados muchachos de alto relieve. En este último nicho se coloca una imagen de la Concepción; y en los cuatro de los intercolumnios del primero y del segundo cuerpo cuatro estatuas de proporción natural, en las cuatro hay que admirar, en el más bronco material, rasgos tan perfectos que apenas se expresarían en las maderas más dóciles. La portada lateral, con alguna disminución en tamaños y adornos, termina en un muy bien remedado pabellón sirviendo de dosel á una estatua del gloriosísimo Patriarca Señor San José, la cual con otras dos del mismo buril, hace que se asemejen las dos portadas.

La cornisa que por la parte de afuera ciñe todo el edificio, está sembrada de muchas y vistosas almenas. Las ventanas que le comunican luz, son no menos que treinta, guarnecidas todas de rejas y vidrieras y de tupidas redes de alambre; y todas tan oportunamente situadas, que está siempre lo interior del templo inundado de rayos solares, en tanta copia cuanta demanda la insaciable ambición de la vista para registrar sus más menudos y prolijos adornos.

Las dos torres que se destacan en los dos ángulos del frontispicio, hacen juego armonioso con el cimborrio, atarazada también de azulejos sus cúpulas y coronadas de veletas: en treinta y cuatro varas, no alárdean grande altura, más precíanse de mucha robustez por encerrar la una cinco sonoras campanas y la otra un reloj, cuya máquina se grangeó en su origen entre muchos la opinión de ser sirviente, cuando aún no adelantaba mucho esta invención moderna: para cuyo logro por la oportunidad del sitio que ocupan las torres, solicitó una de ellas el Cabildo de esta ciudad, cuyo es, y á cuyas expensas se fabricó y se gobierna dicho reloj; y también á cuya heroica generosidad debe este templo el desahogo de que goza en su nueva Plazuela, teniendo en ello la mayor parte la Señora Condesa de San Mateo Doña Isabel Rosa Catarina Zevallos de Villegas, quien por solo el interés de derribar la casa que estrechaba dicha plazuela, dió en permuta de ella otra de reconocidas mejoras: no satisfecha su generosa liberalidad con haber tenido tantas partes en los adornos interiores del templo si juntamente no le daba todo el complemento á la magestad del exterior.

ADORNOS INTERIORES

El retablo mayor se mereció este nombre no solo por el puesto que ocupa, sino por ser obra de superior fantasía en la cual se apuró toda la elegancia de diseños, tallas y ensambles de que es capaz el atrevimiento del artificio. Sobre todo campea la incomparable galanura de sus cuatro biza-